





después: Laura, que es sorda, y sabe un montón de mundos silenciosos.]

Fue todo un poema, verle a JÓse aprender a hablar signos. Al arrancar las pasiones, empezaron a comunicarse con mucha energía, pero energía insatisfecha. Laura hablaba bien, con su estilo inaudito. Y JÓse empezó moviendo los labios como un robot japonés, de esos que hablan. Por fin, con la ayuda de Emili y de la propia Laura, logró trabar con manos y brazos un montoncito de signos. Pero son sus signos, yo creo, no los de la gente sorda. Y es que, pasiones, han tenido muchas: entre los tres se han ido enrollando de todos los modos posibles, y no solo me refiero a las lenguas... ¡Qué paciencia hay que tener...!

Pero vuelvo a nuestro problema. Ha aparecido Laura y nos hemos acercado al piso de Emili, un cuarto sin ascensor. Había algo que olía mal allí. A mí me han entrenado para no distraerme con los olores. Si supiérais los olores que he dejado pasar... de celos gloriosos de hembras que estallaban... de asesinos ocultos en trajes carísimos... de primaveras escondidas... Aquí olía mal. Pero, claro, no había modo de decírselo. La casa estaba muy limpia y ordenada. Pero, como Emili nos había avisado, la habitación de la madre tenía la ropa fuera de los armarios y el armario de la mesilla abierto y revuelto.

Hemos salido al descansillo. Y, de repente, JÓse me ha soltado y se ha abalanzado a la puerta de al lado y la ha abierto de un empujón salvaje. Dentro se ha escuchado un quejido bruto, como el de alguien que no quiere morir. Y Emili,

—¿Pero qué haces, tronco?

Ha salido la vecina magullada, agarrándose la cabeza como si se le fuera a escapar, y aullando como una posesa.

—¿Qué hace usted ahí. ¿Por qué nos vigilaba?

—JÓse, tronco, es amiga de mi madre, es la mejor amiga que tenemos en el barrio.

Ahora, la vieja se ha metido en su casa, la puerta está abierta. Sale con algo medio escondido, pero creo que solo yo me doy cuenta. Entonces, les cuenta que han llegado dos hombres de paisano, pero que debían ser policías. Le han pedido los papeles a su madre. Su madre ha sacado el pasaporte, pero no le ha servido. También ha sacado el contrato privado con algunos de los portales que limpia. Tampoco le ha servido, porque no cotiza a la seguridad social. Entonces, se la han llevado. No le ha dado tiempo más que de llenar una maletita.

Ahora, la vieja se tropieza con JÓse. Y ahora, se despide y cierra la puerta. Antes, le dice a Emili que tenga cuidado, porque ha oído a la policía que preguntaban por él. Que dónde estaba. Qué cuándo llegaría.

Y ahora, según bajamos, Laura le dice a JÓse que qué le pasa, que si se ha meado encima. JÓse se toca. Está todo mojado ahí. Ha sido la vieja, que le ha echado agua tibia. Ha sido su pequeña venganza. Tardan en darse cuenta. Y entonces, todos se ríen. JÓse también, pero menos.

Qué hacemos. Vamos a la comisaría. Emili está muerto de miedo. Yo no voy. Tú te esperas en la esquina, le dice JÓse. Nosotros lo arreglamos todo. Y Laura confirma.

El policía de la puerta nos ha mirado como quien mira a una cuadrilla de alienígenas que acaban de aparcar el ovni en la puerta de la comisaría. Luego nos han hecho subir. Después de esperar un buen rato, ha aparecido un subinspector con mucha mala leche y ha empezado a maltratar a JÓse y a Laura de maneras que harían sonrojar a un perro guía negro.

—¿Eres tonta de verdad, o te estás haciendo la lista?

Que se presente Emili en la comisaría ya mismo, y si no, que se atenga a las consecuencias. Y las consecuencias que se le han pintado en la cara tenían dimensiones de catástrofe nuclear. Que como escondiéramos a Emili se nos iba a caer el pelo a nosotros también. JÓse ha preguntado que si le iban a echar a él también del país, y entonces el subinspector ha estado a punto de perder el control. A mí, con lo que soy yo, se me ha escapado un gruñido. Hemos salido con el miedo en el cuerpo y sin ninguna información. Nos han tomado los datos. Bueno, a mí no.

El subinspector olía. Era un olor imperceptible y nauseabundo. Leve, como una rosa malva que se marchita a un kilómetro. O, mejor, como una mierda que se seca a un kilómetro. Una mezcla de vómito amargo, sudor de semanas, orina meada sobre orina seca, aceite refrito mil veces y, sobre todo, lágrimas de impotencia y olor a babas de alguien que esté acostumbrado a atropellar a otros seres humanos, babas secas en la boca torcida de chulería y desprecio. Olor a mala baba.

Al doblar la esquina, JÓse ha multiplicado al aire su cabreo infinito. Y allí estaba Emili, hablando con un mendigo. No era un mendigo corriente. Vestía con un traje muy bonito y llevaba un abrigo pijo y caro. Pero se notaba que no se lo había quitado en semanas, quizá meses. Y de repente, al olisquearlo de lejos, me dí cuenta de que olía a lo mismo que aquel subinspector: vómito, sudor, orina, grasa, babas. El olor, aquel olor, se me convirtió en un gruñido involuntario en la garganta. Y yo no gruñí nunca...

Este tipo, además, apestaba a coñá barato y hablaba una jerga exquisita, como un vendedor